

Marvin Flynn leyó el siguiente anuncio en la sección de clasificados de *La Gaceta de Stanhope*:

Caballero de Marte de cuarenta y tres años, tranquilo, estudioso y culto desea intercambiar su cuerpo con un respetable habitante de la Tierra con inclinaciones similares. Desde el 1 de agosto hasta el 1 de septiembre. Se intercambiarán referencias. Posible comisión por agente.

Este anuncio tan común le bastó a Flynn para que se le acelerara el pulso. Intercambiar su cuerpo con un habitante de Marte... Era una idea que le emocionaba y, al mismo tiempo, le causaba repulsión. Al fin y al cabo, ¿quién querría tener a un marciano viejo, arenoso y mugriento dentro de su mente, tomando el control de sus brazos y de sus piernas, viendo a través de sus ojos y afinando bien sus oídos? Sin embargo, a cambio de esa situación tan desagradable, él, Marvin Flynn, podría ver Marte. Y lo que era aún mejor, podría vivir esa experiencia en las condiciones idóneas: a través de los sentidos de un nativo.

Del mismo modo que hay quienes ansían coleccionar los cuadros, los libros y las mujeres de los demás, Marvin Flynn quería capturar la esencia de todos ellos a través de sus viajes. Sin embargo, no había conseguido culminar su gran pasión. Había nacido y crecido en Stanhope, Nueva York. Desde el punto de vista físico

se encontraba a casi quinientos kilómetros de Nueva York, pero desde el espiritual y el emocional, ambas ciudades estaban a años luz de distancia.

Stanhope era una agradable comunidad rural situada en la ladera de las montañas de Adirondack, adornada con huertos y salpicada de grupos de vacas pardas, que resaltaban sobre los pastos verdes y ondulados de la región. Animado por ese carácter bucólico al que no pretendía renunciar, Stanhope se aferraba a las costumbres del pasado: el pueblo mantenía las distancias con la fría megalópolis del sur, de manera afable, pero también con cierta beligerancia. Habían ampliado la línea de metro de la IRT de la Séptima Avenida hacia el norte del estado, pero tan solo había llegado hasta Kingston. Las enormes autopistas aplastaron el campo con sus tentáculos de hormigón, pero no pudieron con la calle mayor de Stanhope, bordeada de olmos. Otras comunidades contaban con un foso de lanzamiento, mientras que Stanhope no renunciaba a su anticuado aeródromo y se conformaba con un servicio de tres veces a la semana. Muchas noches, Marvin se tumbaba en la cama y escuchaba el solitario lamento del avión de pasajeros, un sonido conmovedor signo de una América rural en extinción.

Stanhope se sentía satisfecha de su carácter, del mismo modo que el resto del mundo también parecía estarlo con ella, y la dejaba que viviera ese sueño romántico de épocas pasadas en las que nada se movía tan deprisa. La única persona que no estaba conforme con esa situación era Marvin Flynn.

Había sido el turista típico que veía las cosas típicas. Como cualquier otro, había pasado muchísimos fines de semana en Europa. Practicó el submarinismo por la ciudad sumergida de Miami, contempló los jardines colgantes de Londres y prestó sus oraciones en el templo de Bahaí, en Haifa. Durante los períodos de vacaciones más largos, recorrió la Tierra de Marie Byrd con una visita guiada, exploró la parte baja de la selva de Ituri, cruzó

el Sinkiang en camello, e incluso vivió durante varias semanas en Lhasa, la capital internacional del arte. Durante todos aquellos viajes hizo lo que cabía esperar en un hombre de su edad y posición social.

Sin embargo, ninguno de esos viajes significó nada para él: se centraban en las actividades típicas para turistas, aquellas que cualquier viajero de a pie podría hacer. En lugar de disfrutar de lo que tenía, Flynn se lamentaba de lo que se le negaba. Quería viajar de verdad, lo que suponía sumergirse en otros mundos.

Tampoco era mucho pedir, pero lo cierto es que ni siquiera había estado en la Luna.

Todo se reducía a una cuestión puramente económica. Los viajes interestelares eran caros. En su mayoría estaban reservados a los ricos, los colonos o los administradores. Era algo sencillamente impensable para un tipo común y corriente como él. A menos, por supuesto, que decidiera aprovechar las ventajas del trueque mental.

Flynn, marcado por el espíritu conservador innato en cualquier habitante de un pueblo, había omitido ese paso tan lógico como perturbador. Hasta ese momento.

Marvin había intentado reconciliarse consigo mismo y con su vida, con las posibilidades más que aceptables que le ofrecía su posición. Al fin y al cabo, era libre, de pelo canoso y tenía treinta y un años (en realidad, unos pocos meses más). Era un joven agradable, alto, de hombros anchos y bigote moreno con unos dulces ojos castaños. Era sano, inteligente, sociable y una opción aceptable para el sexo contrario. Tuvo una educación de lo más normal: primero el colegio, luego el instituto, después doce años de universidad y, por último, cuatro años de trabajo de posgrado. Poseía la formación necesaria para desempeñar su trabajo en Reyck-Peters Corporation. Allí realizaba fluoroscopias de juguetes de plástico: los sometía a pruebas de esfuerzo, y examinaba aspectos como la microcontracción, la porosidad, la fatiga de la

textura y otras cuestiones similares. Puede que no fuera el trabajo más importante del mundo, pero no todos podemos ser reyes o pilotos espaciales. En cualquier caso, era un puesto de gran responsabilidad, sobre todo si se tiene en cuenta la importancia de los juguetes en todo el mundo, que llevan a cabo una tarea vital: aliviar las frustraciones de los niños.

Marvin era consciente de todo eso y, sin embargo, no estaba satisfecho. Había visitado en vano al consejero de su vecindario, un hombre amable que intentó ayudarlo mediante la técnica del análisis de factores situacionales, al que no respondió con precisión. Quería viajar, aunque se negaba a analizar fríamente las implicaciones de su deseo, y no aceptaría otras alternativas.

Y en ese momento, al leer aquel anuncio convencional a la par que emocionante, tan parecido a otros cientos como único por sus peculiaridades (pues era él quien lo estaba leyendo en ese momento), Marvin sintió una extraña sensación en su garganta. Intercambiar su cuerpo con el de un habitante de Marte... Ver el planeta rojo, visitar la madriguera del Rey de las Arenas, viajar a través del esplendor del aura de la Herida, escuchar las arenas cromáticas del gran mar Seco...

Ya había tenido otros sueños antes. Sin embargo, aquel era diferente. Esa sensación tan peculiar en su garganta pugnaba contra una decisión que estaba arraigando en él. Marvin, en un alarde de sabiduría, no intentó forzar las cosas. Por el contrario, se puso el gorro y se acercó al centro de la ciudad, a la farmacia de Stanhope.

Como esperaba, su mejor amigo, Billy Hake, estaba en la fuente de gaseosa, sentado en un banco y bebiendo un alucinógeno suave al que llamaban *frappé* de LSD.

—¿Cómo va el lío, tío? —preguntó Hake en la jerga popular del momento.

—Mejor que genial, chaval —contestó Marvin, como era costumbre.

—*Du koomen ta to the kilpje?* —preguntó Billy. El mestizaje de los idiomas inglés y afrikáans causaba furor aquel año.

—*Ja, Mijnheer* —respondió Marvin con cierta dejadez. No estaba de humor para conversaciones ingeniosas.

Billy notó un atisbo de insatisfacción. Alzó la ceja de forma inquisitiva, dobló su ejemplar de los cómics de James Joyce, se metió una pastilla de Keen-Smoke en la boca, la mordió para que soltara su característico vapor aromático, de tono verdoso, y preguntó:

—¿Por qué no te bajas de la Luna?

La pregunta era bienintencionada, a pesar de que destilaba cierta ironía. Marvin se sentó al lado de Billy. Apesadumbrado, aunque reacio a confesarle el motivo de su infelicidad a su siempre alegre amigo, alzó ambas manos y comenzó a hablar en el lenguaje de signos de los indios de las llanuras. A muchos jóvenes con inquietudes intelectuales los había marcado la increíble producción de Projectoscope, *Diálogo en Dakota*, realizada mediante

gestos y protagonizada por Bjorn Rakradish en el papel de Caballo Loco, y Milovar Slavovivowitz como Nube Roja.

Marvin utilizó, con ademán sarcástico pero serio, los gestos que expresaban corazón-que-se-rompe, caballo-que-deambula, sol-que-no-brilla y luna-que-no-sale.

El señor Bigelow, propietario de la farmacia de Stanhope, lo interrumpió. Era un hombre maduro, de setenta y cuatro años, con una calva incipiente y una barriga discreta pero visible. Sin embargo, su comportamiento era más propio de un joven.

—Oye, *Mijnheer* —le preguntó a Marvin—, *¿wannazie taste the giant klopje of the head vefrouvens in the form of ein skoboldash sundae?*

Al señor Bigelow y los de su generación les encantaba exagerar la jerga juvenil, con lo que esta perdía toda la gracia, excepto por lo patético que resultaba de manera involuntaria.

—*Schnell* —contestó Marvin cortante, con la crueldad propia de un joven inconsciente.

—Como quieras. No pretendía molestar —dijo el señor Bigelow mientras se marchaba malhumorado, imitando un movimiento refinado que había aprendido tras ver *Imitación a la vida*.

Billy notó la desazón de su amigo. Lo avergonzaba. Tenía treinta y cuatro años, era poco más de un año mayor que Marvin, y ya casi podía considerarse un hombre. Tenía un buen trabajo como encargado de la línea de ensamblaje número 23 en la fábrica de cajas de Peterson. Sin duda, aún se comportaba como un adolescente, pero sabía que a su edad también tenía algunas responsabilidades. Por eso evitó el temor a quedar en evidencia y abordó a su viejo amigo sin rodeos.

—Marvin... ¿Qué te pasa?

Marvin se encogió de hombros, hizo una mueca con la boca y tamborileó con los dedos nerviosamente.

—*Hey, man, ein Kleinnachtmusik is too much, nicht wahr? El Todt que ruveas tocar...*

—Habla claro —replicó Billy con una dignidad pasmosa e impropia de alguien tan joven.

—Lo siento —dijo Marvin, cambiando de registro—. Es que... Ay, Billy, ¡me muero por viajar!

Billy asintió. Estaba al tanto de la obsesión de su amigo.

—Lo entiendo —dijo—. Yo también.

—¡Pero no es lo mismo! Billy, yo... lo necesito.

Le sirvieron su helado de *skoboldash*. Marvin no le prestó atención y se desahogó con su viejo amigo.

—*Look*, Billy, me tiene más tenso que mosquetón. Pienso en Marte y en Venus, en lugares muy, muy lejanos como Aldebarán o Antares y... La verdad, no sé, no puedo quitármelos de la cabeza. Me imagino el océano parlante de Proción IV, o a los homínidos tripartitos de Allua II, y siento que me voy a morir si no consigo verlos, llegar hasta ellos.

—Es normal —le contestó su amigo—. A mí también me encantaría ver todos esos sitios.

—No, no lo entiendes —dijo Marvin—. No se trata solo de verlos. Es algo más... Es como... Entiéndeme, no quiero quedarme para siempre en Stanhope como si nada, por divertido que sea, aunque tenga un buen trabajo y esté saliendo con una de esas chicas tan *beautiful*. Simplemente, no puedo casarme con alguna, criar a unos cuantos hijos y... todo eso. ¡Tiene que haber algo más!

Después, Marvin empezó a comportarse como un adolescente confuso, aunque algunos de sus sentimientos se habían dejado entrever en medio de aquella vorágine de palabras. Su amigo asintió con solemnidad.

—Marvin —dijo con delicadeza—, de verdad que te entiendo, te lo juro por lo que más quieras; pero hombre, sabes que hasta los viajes interplanetarios valen un ojo de la cara. Por no hablar de los interestelares. ¡Eso sí que es un imposible!

—Claro que es posible —contestó Marvin—. Si usas el trueque mental.

—¡Marvin! ¡No lo dirás en serio! —exclamó, tan perplejo que no pudo ocultar su sorpresa.

—¡Por supuesto que sí! —afirmó Marvin—. ¡Juro por el Cristo malherido que pienso hacerlo!

Aquella salida de tono los pilló por sorpresa a ambos. Marvin no maldecía casi nunca, ni mucho menos usaba esa expresión, aunque fuera de forma coloquial. Todo eso dejaba patente el estrés al que estaba sometido. Después de haber pronunciado aquellas palabras, el propio Marvin fue consciente de la implacable naturaleza de su determinación. Una vez expresada, le resultó mucho menos aterrador enfrentarse al siguiente paso lógico, el que lo llevaría a hacer algo al respecto.

—El caso es que no puedes —dijo Billy—. El trueque mental es... La verdad, ¡es repulsivo!

—No hay nada más repulsivo que quien tiene tales pensamientos, *bastard*.

—Lo digo en serio. ¿Seguro que quieres dejar que un marciano viejo, arenoso y mugriento se meta en tu cabeza? ¿Que tome el control de tus brazos y piernas, vea a través de tus ojos, te toque, o incluso...?

Marvin lo interrumpió antes de que dijera algo terrible.

—Mira —dijo—, *remember that* estaré en su cuerpo, en Marte, así que él se sentirá igual de incómodo.

—Ellos no sienten esas cosas —replicó Billy.

—Eso no es cierto —dijo Marvin.

Aunque era más joven que su amigo, en muchos sentidos también demostraba más madurez que este. Había sido un estudiante aplicado en ética interestelar comparativa. Su enorme deseo de viajar le hacía poseer una actitud menos pueblerina que su amigo y estar más preparado para comprender el punto de vista de la otra criatura. Desde que tenía doce años, cuando aprendió a leer, Marvin se había pasado la vida estudiando el comportamiento y el estilo de vida de muchas razas diferentes de la galaxia.



Siempre ansió ver a aquellas criaturas desde su perspectiva, comprender sus motivaciones desde el punto de vista psicológico propio de ellos. Además, obtuvo un percentil de 95 en empatía proyectiva, que le sirvió para confirmar su capacidad potencial innata de afrontar con éxito las relaciones extraterrestres. En pocas palabras, estaba tan preparado para viajar como le era posible a un joven que había pasado toda su vida en un pequeño pueblo de una zona del interior en la Tierra.

Aquella tarde, solo en su habitación del ático, Marvin abrió la enciclopedia. Había sido su compañera y amiga desde que sus padres se la compraron a los nueve años. Estableció el nivel de comprensión como «simple», el índice de búsqueda como «rápido», formuló su pregunta y se relajó mientras las diminutas luces verdes y rojas parpadeaban.

—Hola, amigos —comenzó la grabación con voz afeminada y entusiasta—. Hoy hablaremos de... ¡el trueque mental!

Después, prosiguió con una introducción histórica a la que Marvin hizo caso omiso. Volvió a prestar atención cuando escuchó lo siguiente:

—Consideremos la mente como una especie entidad electroforme o incluso subelectroforme. Si lo recuerda, ya le hemos explicado cómo se cree que la mente comenzó siendo una proyección de nuestros procesos corporales y cómo ha evolucionado hasta convertirse en una entidad cuasi independiente. Ya sabéis lo que significa eso, queridos amigos. Es como si tuvierais un hombrucillo en vuestra cabeza, pero sin que esté en realidad. ¡Y no es *cuasialidad*! —La voz de la grabación se regocijó discretamente de la broma y prosiguió—. ¿Y qué sacamos en claro de este lío? Bueno, pequeños saltamontes, nos encontramos ante una especie de situación simbiótica en lo que respecta al cuerpo y a la mente, aunque la señora Mente se inclina más hacia el parasitismo. A

pesar de todo y que sepamos, la una puede existir sin la otra o, en cualquier caso, eso es lo que sostienen los grandes pensadores.

Marvin echó una ojeada.

—En lo que respecta a la proyección de la mente... Bueno, chicos, pensad en lo que sucede cuando lanzamos una pelota...

»De lo mental a lo físico, y viceversa. En definitiva, cada aspecto es una forma del otro, como la materia y la energía. Por supuesto, todavía nos queda por descubrir...

»Claro que solo contamos con un conocimiento pragmático del asunto. Consideremos, aunque sea por un momento, el concepto de la reforma aglutinadora de Van Voorhes y la teoría de los absolutos relativos de la Universidad de Lagos. Sin lugar a dudas, estas teorías plantean más preguntas de las que responden...

»... y todo esto es posible exclusivamente gracias a la asombrosa carencia de una reacción no inmunoforme.

»La práctica del trueque mental se vale de técnicas mecánico-hipnóticas tales como la relajación inducida, la fijación precisa y el uso de una sustancia positiva para la mente como la williamita, que focaliza e intensifica los haces estrechos. El programa de re-  
troalimentación...

»Por cierto, una vez aprendida esta técnica, podremos realizar trueques sin asistencia mecánica, normalmente usando la vista como foco...

Marvin apagó la enciclopedia y pensó en el espacio, en su vasta colección de planetas y en los exóticos habitantes que los poblaban. Pensó en el trueque mental. Se dijo a sí mismo: «Mañana podría estar en Marte. Podría ser uno más de sus habitantes». Se levantó de un salto.

—¡Maldita sea! —exclamó golpeando el puño derecho con la palma de la otra mano—. ¡Voy a hacerlo!

La extraña alquimia de la determinación lo había transformado. Sin pensárselo dos veces, preparó una maleta ligera, les dejó una nota a sus padres y tomó el avión con destino a Nueva York.